demasiado curiosa ó comprando su discrecion. En ambos casos no tendremos ya nada que temer.

"Escribidme todos los dias, y yo por mi parte haré lo mismo: no dudeis de mí, que yo no dudo de vos... y confiad en mí de la misma manera que yo confío en vos... Amadme, por último, como yo os amo."

Lazarine puso esta carta en un sobre y no la firmó (costumbre que tenia siempre que escribia alguna carta que pudiera comprometerla), recibiéndola Marcelo al dia siguiente por la mañana temprano.

LI

El primer movimiento de Marcelo despues de leer la carta que acabamos de reproducir en el capítulo anterior, fué de desconfianza y de cólera.

—Me quiere alejar nuevamente—murmuró estrujando entre sus manos el papel,—es señal

de que me prepara una nueva traicion; pero no seré su juguete.... vigilaré.... y desgraciado del que venga á ponerse entre ella y yo.

Leyó por segunda vez aquel astuto billete, que le hizo reflexionar, devolviéndole su sangre fria.

—No tengo razon—dijo para sí,—lo que ella me dice puede y debe ser verdad. Muchas veces le he dicho que aquellas misteriosas salidas habian de excitar la curiosidad de sus criados; ese espionaje de que me habla debe ser verdadero.... parece sincera al expresar su sentimiento.... ¿por qué acusarla siempre sin motivo? ¿por qué hacer suposiciones desagradables que me proporcionan inútil sufrimientos? Si mis suposiciones son injustas, herirán su altivez natural, irritando su alma orgullosa... he prometido una confianza sin límites y una fé ciega, y con seguridad no me perdonaria el haber olvidado mi promesa; y ademas, es un papel desairado el de un amante celoso acechando por las esquinas lo mismo que un marido engañado: mas vale creer y esperar un poco. Quiero tener calma y cerrar mi alma á la duda; si me engaño y soy su juguete, lo veré muy pronto y podré entoncer obrar desligado de mi juramento.

Y un poco mas tranquilo—como siempre que se toma una resolucion—Marcelo se vistió rá-

pidamente y salió de su casa para ir á almorzar á un restaurant del boulevard.

En la acera opuesta habia un jóven inmóvil en el hueco de una puerta, que esperaba hacia mas de una hora mirando fijamente la entrada del número 40

Cualquier transeunte que hubiera tenido un poco de espíritu observador, al verle en aquella actitud significativa de resignada paciencia, habria dicho:

—Sin duda hay alguna señora en la casa de enfrente.... es un enamorado que está en acecho.

Esta suposicion la hacia muy verosímil el ver de cuando en cuando separar una mano elegante los visillos del balcon, dejando aparecer la hermosa cabeza rubia de una jóven que parecia muy preocupada con la presencia de aquel que estaba parado.

Ya habrán adivinado nuestros lectores que el jóven en cuestion no era otro que Héctor Begourde, príncipe de Castel-Vivant.

Cuando salió Marcelo le reconoció en el momento el ex-artista, ó mas bien le adivinó por el instinto de la rivalidad.

—Ese aspecto militar—decia para sí,—ese rostro un poco moreno y esos bigotes finos y largos, con su cinta roja, hacen que sea imposible el que me equivoque; es él.

Dejó que Marcelo se alejase unos veinte pasos, y atravesando rápidamente la calle entró en la casa de que acababa de salir su rival, y dijo al portero poniéndole cinco francos en la mano:

—Ese señor que acaba de salir es el conde de Chazelles, capitan del 7º de dragones; ¿no es verdad?

El portero contestó diciendo:

—No señor, es mi inquilino el caballero Laugier, ex-oficial por haber presentado su renuncia al gobierno.

—Entonces me he equivocado.... se parece tanto.... dispensadme si os he molestado.

—No hay de qué—murmuró el portero, mirando con alegria la moneda de cinco francos que brillaba en la palma de la mano.

Héctor se puso en marcha inmediatamente.

Marcelo, á quien él habia visto torcer á la derecha, no podia estar muy lejos.

Efectivamente: le encontró, marchando tranquilamente por la calle de Lóndres, yéndose en su seguimiento y procurando guardar alguna distancia para que no le sorprendiese en su espionaje.

Mientras iba en su seguimiento decia para sí:

—Verdaderamente, tiene buen aire ese jóven. Tiene una de esas elegancias sencillas

que tanto aprecia el príncipe Godefroy, y su figura es bastante simpática. Nadie al verle le juzgaria capaz de amenazar una mujer sobre la cual quiere tener por el terror derechos imaginarios que es la peor de las infamias..... hay caras que engañan..... ¿quién lo habia de decir?

El ex-teniente atravezó la plaza, entró en la calle de la Chaussée-d'Antin, y al llegar al boulevard torció á la izquierda, entrando en el café Riche, donde almorzaba todos los dias, y se sentó.

Héctor entró por otra puerta, colocándose de manera que no perdiera de vista á Marcelo, sin que éste pudiera reparar en él.

Marcelo estaba preocupado en alto grado y no tenia apetito, y á pesar de ello su comida pasó los límites de lo regular.

Queria matar el tiempo como hace el hombre que se fastidia por llevar una existecia vacia y contrariada, que no sabe en que emplear el tiempo, que encuentra interminable.

Leyó media docena de periódicos sin comprender una sola de las frases que sus ojos habian recorrido maquinalmente.

Su espíritu estaba en otra parte.

Despues pidió tintero y papel, y escribió una larga carta que guardó en una cartera tan pronto como la hubo concluido.

Entre el almuerzo, los periódicos y la carta, habia pasado mucho tiempo.

Las tres daban en el momento en que Marcelo pagó la cuenta y salió.

El cupé oscuro, forrado en satin color castana, que servia para las excursiones que hacia con Lazarine cuando ésta consentia en ir con él, iba á buscarle todos los dias al restaurant.

Estaba esperando enfrente de la puerta:

—Al Bois, por la Avenida de la Grand-Armée y la puerta Maillot. Dad la vuelta por la pradera de Longchamps y volveos por el camino del Hipódromo al de Auteuil, los lagos, Avenida de la Emperatriz y llevadme á la calle de Helder.

La carrera era larga, y Marcelo sin duda queria entregarse á soñar sin ningun estorbo, porque las tres cuartas partes del paseo eran por la parte menos concurrida del bosque de Bolonia.

Las últimas palabras que pronunció Marcelo le ahorraron continuar en su seguimiento y le proporcionaron alguna alegria, porque era muy difícil seguirle por aquellos sitios sin ser visto.

Seria las cuatro y media cuando Héctor se situó en un ángulo del café situado en el boulevard de los italianos, frente á la calle de Helder, de la cual toma su nombre, mandando que

le sivieran algo de beber y ocultándose detrás de un periódico que se puso á leer.

El café de Hélder tiene una reputacion y una especialidad.

Esta consiste en que todos los oficiales del ejército que están de paso en Paris, se reunen allí antes y despues de comer.

Allí se dan cita desde las mas lejanas guarniciones, y acuden tambien antiguos militares que ya están fuera de servicio, para saludar á los que aún están bajo banderas.

En el café Helder llama mucho la atencion no ver una cinta roja, cuando no se trata de un jóven.

Las palabras que mas se usan entre los militares, son las que se oyen con mas frecuencia.

Oculto detras de un periódico que le servia de pantalla, vió Héctor pararse el coche de Marcelo Laugier y bajar á éste, penetrando en el café y saludar á media docena de oficiales amigos suyos, y tomar asiento en un grupo, cuya conversacion se hizo animada muy pronto.

Héctor tenia delante un problema, para cuya solucion estaba torturando su mente.

—¿Como voy á provocar á ese jóven que no conozco?—se preguntaba,—ó mejor dicho, ¿como haria yo para que él me provocase, lo cual sería mucho mas agradable á la marquesa?

No obtenia ningun resultado y continuaba diciendo siempre para sí:

—Hay un medio muy fácil que está al alcance de la inteligencia mas torpe.... No tenia mas que levantarme é irme derecho á él diciéndole al saludarle: "*Caballero, vuestra figura me disgusta,*" y arrojarle un guante á la cara; esto sería infalible, pero tambien sería muy grosero porque eso no se hace hoy. Me tomarian por un loco ó por un bruto, y no me agradaria mucho que me calificaran de estas cosas: pase cuando era Héctor Begourde artista pintor, como decia Sta-Pi; pero el príncipe de Castel-Vivant no puede hacer eso; ademas es muy posible que antes de aceptar el duelo quisieran los testigos tener una reunion de médicos alienistas que estudiasen mi estado mental.

Decididamente es menester buscar una resolucion mas práctica.

Por mas que Héctor buscase no encontraba la solucion.

Los habituales comensales de Helder empezaron á desfilar á las seis y media, excepto el ex-teniente, que se quedó con sus camaradas.

Dos de éstos le invitaron á comer.

Marcelo resistió por algun tiempo, cediendo por último á las instancias reiteradas que le hicieron: atravesaron los tres el boulevard, y se fueron á casa de *Vignon*, donde pidieron un

gabinete, con gran sentimiento de Héctor, que veia retrasarse la tan deseada ocasion.

Pero queriendo cumplir en conciencia el encargo hecho por Lazarine, el príncipe tomó á su vez otro gabinete que estaba enfrente del de los tres oficiales.

—¿Cuantos cubiertos caballero?—le preguntó el mozo.

—Uno—respondió Héctor distraidamente.

El criado se quedó asombrado al ver que aquel jóven se disponia á comer solo en un cuarto reservado.

Héctor lo notó, y comprendiendo la falta se apresuró á decir:

—Poned dos cubiertos porque espero á una persona; pero como es muy posible que esa persona me falte á su palabra, quiero que me sirvais en seguida.

—Muy bien, ¿quereis escribir la lista?

—Servidme lo que gusteis.

—Muy bien, ¿qué vino deseais?

—El que gusteis.

—Muy bien, quedareis contento de mí, caballero.... Si llega la persona que esperais, ¿por quién ha de preguntar?

—Preguntará por el Sr. Héctor—respondió el príncipe, que no quiso dar su nombre á causa de la vecindad de los oficiales.

—Muy bien..... voy á mandar abrir las ostras.

El mozo fué á salir.

—Dejareis esa puerta abierta—dijo Héctor, —porque si viene esa persona quiero sentirla subir.

—Muy Bien.

El mozo obedeció religiosamente la última indicacion de Héctor, y éste, por medio de la abertura, podia ver perfectamente la puerta que estaba al frente.

No era posible salir de aquel gabinete sin que él lo viese.

LII

En el restaurant se portaron bien, sirviendo á Héctor una comida que habria sido abundandante para seis personas, en lo cual no reparó éste, precupado como estaba por otras ideas, y por lo muy poco que tambien podia suponerle el que subiera el gasto mas ó menos.

Sus reflexiones le quitaban el apetito.

Casi intactas fueron devueltas las codornices en lata, los faisanes trufados y los cangre-